

Michel afectaba indiferencia, pero escuchaba con suma atención.

—Vos decís á Courtin: «Amigo mío, te equivocas sobre tus derechos; ni como alcalde, ni como propietario, te está permitido embargar los perros del marqués de Souday: cierto que tienes derecho á exigir una indemnización; pero no reñiremos por eso.» A lo cual Courtin responde: ¡No faltaba más, señor Michel! con vos sobran las palabras: todo el mundo conoce vuestra generosidad.» Entonces vos añadís: «Dame los perros, y me encargo de lo demás.» Y yo os contesto: «Ahí los tenéis, señor Michel; y en cuanto á la indemnización, ¡qué diantre! mucho será que con un par de amarillitas no se arregle el negocio: nadie quiere la muerte del pecador, ni es menester llevar las cosas al último extremo.» En seguida escribís una esquelita al marqués, noticiándole tener los perros en vuestro poder y que vais á mandárselos por Pelicofre ó por la Comadreja, con lo cual no puede dispensarse de ofrecerlos su habitación; á menos que para mayor seguridad prefiráis llevárselos vos mismo. —¡Perfectamente, Courtin! dijo el joven, dame los perros, y los mandaré al marqués; no para que me invite á entrar en el castillo, pues tus suposiciones son gratuitas, sino porque entre vecinos es preciso obrar con buena fe y cortesanía. —Corriente, supongamos que nada he hablado. Pero no me retracto de cuanto he dicho de las señoritas de Souday. ¡Cáspita! ¡vaya un par de lindas mozas! En cuanto á la indemnización.....—Toma, dijo sonriéndose el joven, es muy justo; hé aquí la indemnización del perjuicio que te han ocasionado los perros pasando por mis tierras y comiéndose la mitad de la liebre que Berta mató.

Y así diciendo dió al colono tres ó cuatro luises, los únicos que llevaba.

Era tal su alegría por haber encontrado Courtin el medio que él buscara inútilmente, que le habría dado mayor suma á tenerla en el bolsillo.

Courtin tendió una mirada inteligente á los luises que acababa de recibir á título de indemnización, y entregando la trailla al barón: echó á andar con apresurado paso.

Mas á corto trecho retrocedió diciendo á su amo.

—Creedme, señor Michel, no os enredéis con esa gente, recordad lo que os he contado há poco tiempo de los conciliábulos misteriosos de los señores en Tourfou y en Montaigu;

yo soy quien os lo dice, señor Michel, antes de quince días habrá jaleo.

Dicho lo cual prosiguió su camino tarareando la *Pari-siense*, cuya letra y música eran de su particular agrado.

El mancebo se quedó solo con los perros.

X

EN EL CUAL NO TODO PASA COMO SE LO HABÍA FIGURADO EL BARÓN MICHEL.

Al pronto pensó el mancebo seguir el consejo de Courtin, esto es, mandar los perros al castillo de Souday por Policofre ó por la Comadreja, criados que así servían en el castillo como en la granja, y apodos que debían, el primero á lo bermejo de su pelo, y el segundo á la semejanza de su semblante con el hocico del animal cuya gordura ha celebrado Lafontaine en una de sus mejores fábulas.

Mas reflexionándolo bien, creyó que el marqués de Souday se limitaría á escribirle dándole las gracias, pero sin hacerle invitación alguna, en cuyo caso se habría malogrado la ocasión, mientras que si él mismo llevaba los perros á su dueño no podía menos de ser recibido, no siendo creíble que después de haber tenido la galantería de hacer seis ó siete kilómetros de camino para restituir unos perros al dueño que los daba por perdidos y los tenía en grande estima, no se le convidara siquiera á descansar un rato y á dormir siendo avanzada la hora.

Sacó Michel el reloj y vió que eran las seis y minutos.

Parécenos haber dicho que la baronesa de la Logerie había conservado la costumbre de comer á las cuatro, y debiéramos decir que la había contraído, pues en casa de su padre se comía á mediodía.

Quedábale pues al baroncito tiempo suficiente para ir al castillo si á ello se determinaba.

Pero era ésta una grave determinación, y ya hemos ad-

vertido al lector que la resolución no era la cualidad que más descollaba en nuestro héroe, de suerte que perdió un cuarto de hora en continuas vacilaciones; con todo, como á primeros de mayo el sol se pone á las ocho, no anochece hasta después de hora y media, y mientras no fuesen las nueve podía presentarse sin pasar plaza de indiscreto.

Sin embargo, era muy probable que habiendo cazado aquel día las jóvenes se acostasen más temprano que de costumbre, y el barón no deseaba ver al marqués de Souday, por quien no hubiera hecho seis kilómetros de camino, al paso que para ver de nuevo á Mary habría andado gustoso cien leguas.

Resolvió pues partir sin dilación.

Entonces advirtió que no llevaba sombrero. Para ir á buscarlo, tenía que volver al castillo, exponiéndose á encontrar á su madre, quien de seguro le habría preguntado adónde iba y de quién eran aquellos perros.

Pero ¿para qué necesitaba el sombrero? ¿no podía atribuirse su falta á la precipitación, ó suponerse que el viento lo había arrebatado, ó una rama hecho caer en un barranco, y que los perros le habían impedido el recogerlo?

Mucho más grave era el inconveniente de arrostrar las preguntas de la baronesa, y por lo tanto el mancebo echó á andar con la cabeza descubierta y con los perros atraillados.

En cuanto hubo dado algunos pasos reparó que para ir al castillo de Souday no necesitaría los setenta y cinco minutos que contaba emplear, pues habiendo conocido los perros el camino que su conductor llevaba, en lugar de obligarle á tirar de la trailla, le forzaban por el contrario á retenerla para moderar su impaciencia.

Los animales husmeaban la perrera y tiraban de la cuerda con fuerza tal, que enganchados á un vehículo ligero habrían hecho que el barón anduviese el camino en media hora.

Y como la impaciencia de los perros corría parejas con la suya, adoptóse el trote.

A los veinte minutos atravesaron por el tercio de su anchura la selva de Machecul con el objeto de acortar el camino.

Al penetrar en la selva era preciso trepar una áspera pendiente y subiéndola el mancebo al paso gimnástico, pero al llegar á la cumbre tuvo que detenerse para cobrar aliento.

Mas como los perros no experimentaban la misma necesidad, porque resollaban andando, dieron inequívocas mues-

tras de impaciencia, la cual fué contenida por su conductor tirando hacia atrás mientras ellos tiraban hacia adelante.

Según las más elementales nociones de matemáticas, dos fuerzas iguales se neutralizan; y como el barón la tenía superior, hizo más que neutralizar la de los perros. En cuanto el grupo estuvo parado, aprovechó el barón esta circunstancia para sacar el pañuelo y enjugarse la frente. Pero mientras lo hacía gozando del suave ambiente con que la boca invisible de la tarde refrescaba su rostro, parecióle oír un grito llevado en alas del viento.

Oyéronlo también los animales, contestando con el aullido prolongado que despiden los perros extraviados, tirando enseguida del cordel con mayor fuerza.

Había ya cobrado aliento y enjugábase la frente y por lo tanto no tenía motivo alguno para contrariar los deseos de Galón de oro y Allegro, así es que en lugar de tirar hacia atrás, prosiguió el trote interrumpido.

No bien hubo dado trescientos pasos, cuando volvió á resonar más próximo y más distinto el mismo grito. Los perros volvieron á contestar con un aullido más prolongado, acompañado de un tirón más fuerte.

Entonces comprendió el mancebo que llamaban á los perros. Como á cosa de medio kilómetro de distancia repitieron por tercera vez los mismos gritos y en igual dirección, lo cual probaba que los había lanzado el mismo sugeto que dió los primeros y estaban rastreando los perros. Al oír esta última voz, Galón de oro y Allegro tiraron de la trailla con tal ímpetu, que el barón se vió obligado á pasar mal de su grado y arrastrado por ellos, del trote corto al largo y al galope.

Cinco minutos haría que duraba esta carrera, cuando de improviso apareció un hombre en el linderodel bosque, y de un salto salvó la zanja plantándose en mitad del sendero y cerrándole el paso.

Era Juan Oullier, que encarándose con él le dijo con irónico acento:

—¡Hola, hola, caballero! ¿con que no satisfecho con des-pistar á mis perros del lobo que estábamos cazando, para hacerles correr la liebre que se os antoja perseguir, os tomáis también la libertad de llevarlos atraillados?— Señor mío, contestó el mancebo con acento entrecortado por el cansancio, sabed que si he atraillado vuestros perros, ha sido

con el único objeto de devolverlos yo mismo al señor marqués de Souday.—¡Yal sin sombrero y....No os molestéis, señor mío; yo mismo los llevaré.

Y antes de que el mancebo pudiera oponerse ó adivinar siquiera su intención, arrancóle de las manos la trailla tirándola sobre el cuello de los perros como la brida sobre el de un caballo.

Al verse éstos libres, partieron veloces con dirección al castillo, seguidos de Juan Oullier, que casi corría tanto como ellos, y hacía chasquear el látigo, gritando:

—¡A la perrera! ¡A la perrera!

Había pasado todo esto con tal rapidez que los perros y el recién venido se encontraban ya á un kilómetro de distancia cuando el barón volvió de su sorpresa, quedando petrificado en mitad del camino, abierta la boca, y los ojos fijos en la dirección que habían tomado Juan Oullier y los perros, cuando sonó de repente á dos pasos del mancebo la voz suave y cariñosa de una muchacha, exclamando:

—¡Jesús! señor barón, ¿qué hacéis á estas horas con la cabeza descubierta en medio del camino?

¿Qué hacía? apurado se habría visto el mozo para decirlo. Advertía que sus esperanzas volaban hacia el castillo, y faltábale ánimo para seguir las.

Volvióse para ver quién le hablaba y conoció á su hermana de leche, la hija del colono Tinguy.

—¡Ah! ¿eres tú, Rosina? ¿De dónde bueno?—¡Oh, señor barón! respondió la muchacha acongojada, vengo del castillo de la Logerie en donde he sido muy mal recibida por la señora baronesa.—¿Es posible? Ya sabes que mi madre te quiere y protege.—¡Oh! en los buenos tiempos, no digo que no; pero hoy han variado las circunstancias.—¿Hoy?—Sí: hace una hora que ha mandado me echan á la calle.—¿Y por qué no preguntaste por mí?—Ya lo he hecho, señor barón; pero me contestaron que habíais salido.—¡Si he salido ahora mismo! Y á fe que por ligera que hayas ido no has andado más que yo.—No diré lo contrario, señor barón, porque á decir verdad, al verme rechazada por vuestra madre se me ha ocurrido la idea de ir á encontrar á las Lobas; pero no acababa de resolverme á ello.—¿Y qué ibas á pedirles á las Lobas? El barón tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar estas últimas palabras.—Lo que había pedido infructuosamente á la señora baronesa, socorros para mi pa-

dre que se halla gravemente enfermo.—¿Qué tiene?—Una calentura de muy mala especie que cogió en los pantanos.—¡Malo! ¿Y es maligna, intermitente, tifoidea?—¡Qué sé yo, señor barón!—¿Qué ha dicho el médico?—¡Ah! como el médico vive en Legé, no se molesta por menos de un napoleón, y nosotros no somos ricos para pagarle tan cara la visita.—¿No te ha dado dinero mi madre?—¿No os digo que ni siquiera ha querido verme? «¡Una fiebre maligna! ha exclamado; ¿y se atreve á venir al castillo estando su padre enfermo de una fiebre maligna? ¡Echadla al momento!»—¡Es imposible!—Yo lo he oído, señor barón. ¡Daba unos gritos! En fin; ved si me han echado ó nó.—Aguarda, guarda, dijo vivamente el mancebo; voy á darte dinero.

Y se registró los bolsillos; y acordándose de que había dado á Courtín cuanto llevaba:

—¡Por vida de...! exclamó, ni un cuarto llevo. Pero eso no puede quedar así: vente conmigo al castillo y te daré lo que necesites.—¿Yo? ¡Libreme Dios! ¡Ni por todo el oro del mundo! Nó, nó; estoy resuelta: voy á encontrar á las Lobas; son muy caritativas y se guardarán de plantar en la calle á una pobre muchacha que pide auxilio para su padre moribundo.—Bueno, replicó titubeando el barón; mas no son ricas, según he oído decir.—¿Quiénes?—Las señoritas de Souday.—Ya, pero yo no, voy á pedirles dinero; ellas no hacen limosna: algo más es lo que hacen para socorrer á los afligidos. ¡Sábelo Dios que se lo tendrá en cuenta!—¿Qué hacen?—Van en persona á casa del enfermo, y cuando no pueden curarle, consuelan al moribundo y lloran con los que le sobreviven.—Bien, respondió el joven, eso puede hacerse con una enfermedad ordinaria; pero tratándose de una calentura maligna, es diferente.—¿Creéis que reparan en eso?—¿Acaso hay fiebres malignas para los corazones caritativos? Creedme, señor barón, no me queda otro recurso: voy á verlas.—Como quieras.—Entonces, si dentro de veinte minutos estáis todavía aquí, me veréis pasar con alguna de las dos hermanas que vendrá á ayudarme á cuidar á mi pobre padre. Hasta la vista, señor Michel. ¡Ah! jamás hubiera creído semejante cosa de la señora baronesa. ¡Cielo santo! ¡Mandar echar como á una ladrona á la hija de la que os llevó en pechos!

Y así diciendo, fuese á buen paso, dejando al barón con la palabra en la boca.

Mas Rosina había soltado unas palabras que causaron honda impresión en su ánimo.

«Si dentro de veinte minutos estáis todavía aquí, me veréis pasar con alguna de las dos hermanas.»

Estas palabras le hicieron tomar la firme resolución de no moverse de allí, pues conoció que se le presentaba una coyuntura favorable para encontrar la ocasión que acababa de escapársele.

¿Quién sabe si la casualidad haría que la que acompañase á Rosina fuese Mary?

Pero ¿qué visos de probabilidad tenía para que una joven de diez y ocho años é hija del marqués de Souday por añadidura, saliese á las ocho de la noche de su casa para ir á socorrer á legua y media de distancia á un pobre aldeano atacado de calenturas?

No era probable, ni posible siquiera.

Rosina había elogiado á las hermanas más de lo que merecían, mientras otros las vituperaban con exceso.

Por otra parte, ¿por qué su madre, mujer devota que aparentaba todo género de virtudes, se había portado en aquellas circunstancias al contrario de unas jóvenes de quienes tanto mal se decía en toda la comarca? Ciertamente que si pasaban las cosas tal como Rosina aseguraba, Berta y Mary serían las almas justas y cristianas según el Evangelio; pero de seguro que ninguna de las dos acudiría.

Había trascurrido un cuarto de hora y hacíase el barón estas reflexiones por décima vez, cuando de pronto vió que en el recodo del sendero que Rosina había doblado aparecían dos sombras de mujeres.

A pesar de la oscuridad, el joven conoció á Rosina, pero en cuanto á la otra, fuéle imposible conocerla, porque iba embozada.

Estaba su ánimo tan perplejo y tan conmovido su corazón, que al querer adelantarse hacia las jóvenes, flaqueáronle las piernas y se vió precisado á esperar que se acercasen.

—¿Qué tal, señor barón, dijo Rosina ufana; ¿qué os dije? —¿Qué le dijiste? preguntó la embozada. —¿Qué le dije? respondió Rosina: que en vuestro castillo no se me recibiría como en el de la Logerie de donde me han echado ignominiosamente. —Sin embargo, objetó Michel, quizás no has dicho á la señorita de Souday cuál era la enfermedad de tu padre.

—Según los síntomas, contestó Berta, tiene todos los visos de una fiebre tifoidea; por consiguiente, no hay un minuto que perder, pues es enfermedad que requiere mucha diligencia. ¿Queréis veniros con nosotras? —Señorita, añadió el joven, la fiebre tifoidea es contagiosa. —Así lo afirman algunos; otros pretenden que nó, respondió Berta con indiferencia. —La fiebre tifoidea es mortal, añadió Michel. —Muy á menudo; pero ha habido algunos ejemplos de lo contrario.

El barón llamó á Berta aparte y le dijo:

—¿Y pensáis exponeros á semejante peligro? —¿Por qué nó? —¿Por un desconocido, por un extraño? —El extraño para nosotros, contestó Berta con inefable ternura, es para otros un padre, un hermano ó un esposo. En este mundo no hay extraños, señor de Michel; y por cierto que si mal no recuerdo ese desgraciado no lo es para vos. —Es el marido de mi nodriza, balbució el mancebo. —¿Qué tal? —Por eso había dicho á Rosina que viniera conmigo al castillo en donde le habría dado dinero para mandar por el médico. —¿Y has rehusado dándome la preferencia? dijo Berta. Gracias, Rosina.

El barón quedó anonadado; había oído hablar muy á menudo de la caridad sin llegar á verla jamás, y de repente se le acababa de aparecer personificada en Berta.

Luego siguió á las dos muchachas, meditabundo y cabizbajo.

—Puesto que nos acompañáis, díjole Berta, hacedme el obsequio de llevar esta cajita que contiene algunos medicamentos. —Es verdad, añadió Rosina; pero el señor barón no nos acompaña, porque sabe cuánto teme la señora de la Logerie las fiebres malignas. —Te equivocas, Rosina, replicó el barón; os acompaño.

Y tomó la caja que Berta le presentaba.

—Al cabo de una hora llegaron los tres á la choza del enfermo, situada á un tiro de fusil de la población, y junto á un bosquecillo con el cual comunicaba por una puerta excusada.

El buen Tinguy, como solía llamarse al padre de Rosina, era un antiguo *chuan* que en su niñez había peleado en la primera guerra de la Vendée á las órdenes de los Jolly, los Coetus, los Charrette y los Rochejaquelein.

Luego se había casado y había tenido dos hijos: el pri-

mero era varón y lo había perdido; el otro era Rosina.

A cada uno de ellos, su mujer tomó como acostumbra los aldeanos pobres un niño para criar.

El primero era el último vástago de una ilustre familia de Anjou: llamábase Enrique de Bonneville, y no tardaremos en encontrarle en el decurso de esta historia. El segundo era Michel de la Logerie, uno de sus principales personajes.

Enrique de Bonneville tenía dos años más que Michel, y los dos muchachos habían jugado juntos no pocas veces en el dintel de aquella puerta que el mancebo iba á traspasar acompañado de Berta y Rosina.

Más tarde habían vuelto á encontrarse en París los dos camaradas de infancia, y la señora de la Logerie hizo por su parte todo lo posible para estrechar los lazos amistosos que unían á su hijo con aquel joven tan conocido en las provincias del Oeste por su rica y aristocrática posición.

Aquellos dos hijos de leche habían acarreado el bienestar de la familia Tinguy: pero es condición del aldeano de la Vendée no confesar jamás su holgada posición: así es que el labriego aparentaba una grande pobreza en detrimento de su salud y con peligro de su vida, en términos que por muy enfermo que hubiese estado, de seguro no se le habría ocurrido mandar á Legé por un médico á fin de ahorrarse los tres francos de sus honorarios.

Además, los aldeanos y mucho más los de la Vendée, no creen en la medicina ni en los médicos. Así es que habiéndose dirigido Rosina con preferencia al castillo de la Logerie, por ser hermana de leche del barón, al verse expulsada de él fué inmediatamente á impetrar el auxilio de las señoritas de Souday.

Al oír el ruido que hicieron los tres jóvenes al entrar en la estancia, el enfermo se incorporó penosamente; pero volvió á caer acto continuo exhalando un doloroso gemido. Una vela de cera amarilla iluminaba la cama, única parte del aposento que no estaba á oscuras, y á su resplandor se veía sobre una especie de camaranchón á un hombre de unos cuarenta años de edad luchando con el terrible demonio de la fiebre. Tenía el color de la muerte, la vista empañada, y de vez en cuando agitábase todo su cuerpo á impulsos de una súbita convulsión cual si se le hubiese aplicado la pila galvánica.

Estremecióse el mancebo al contemplar aquel espectáculo,

y comprendió que habiendo adivinado instintivamente su madre el estado en que se hallaba el enfermo, no se había atrevido á dejar entrar á Rosina en el castillo, conociendo que la joven debía estar impregnada de aquellos miasmas febriles que en cierto modo flotaban en el círculo de luz que rodeaba el lecho del moribundo.

Entonces pensó en el alcanfor, en el cloro, en el vinagre de los cuatro ladrones y en cuantos preservativos pueden aislar al hombre sano en una atmósfera corrompida; y no teniendo vinagre, cloro, ni alcanfor, permaneció junto á la puerta para disfrutar el aire puro.

Berta ni remotamente pensaba en nada de esto, y yendo en derechura al lecho del enfermo, le tomó la mano abrasada por la fiebre.

En cuanto lo vió, hizo el mancebo un movimiento como para detenerla y abrió la boca para lanzar un grito; pero quedó como petrificado ante aquella caridad tan intrépida, y anonadado por su admiración que rayaba en espanto.

Berta hizo varias preguntas al enfermo, quien contestó que la víspera había sentido al saltar de la cama una insólita postración que le hacía temblar las piernas; ese era un aviso de la naturaleza, pero los aldeanos suelen despreciar semejantes síntomas: en vez de volverse á acostar y mandar por un médico, Tinguy acabó de vestirse, y procurando sobreponerse al mal, fué á la bodega por un vaso de sidra; después cortó un pedazo de pan, siempre en la inteligencia de que lo necesario era *recobrar las fuerzas*. Luego se bebió con gusto la sidra; pero no pudo engullir ni un bocado de pan. Fuese después al trabajo, y atacóle por el camino un fuerte dolor de cabeza; la laxitud que hasta entonces había experimentado trocóse en encorvamiento y vióse precisado á sentarse dos ó tres veces; bebió con avidez en dos manantiales que encontró al paso, mas en vez de mitigarse la sed, se acrecentó de tal manera que más tarde trató de apagarla en el charco cenagoso de una rodada. Por último llegó con gran trabajo á su campo; mas le fué materialmente imposible empezar labor alguna y estuvo algunos minutos de pié apoyado en el útil, que entonces sólo para eso lo era; sintiendo en seguida que le daban vahidos, dió consigo en el suelo, completamente desfallecido: permaneció en esta posición hasta las siete de la tarde, y así se habría quedado toda la noche á no pasar por allí un aldeano de Legé, quien le

llamó, y al ver que se movía acercóse y pudo conocer á Tinguy. Mucho le costó al Labrador acompañar á su casa al enfermo, pues hallábase éste tan débil, que tardó más de una hora en hacer un cuarto de legua.

Rosina le esperaba inquieta, y asustada al ver á su padre, quiso ir sin dilación á la aldea en busca de un médico; pero Tinguy se lo prohibió terminantemente y acostóse diciendo que no era cosa de cuidado y que al día siguiente ya estaría bueno, encargando á su hija que pusiese un cántaro de agua sobre una silla junto á la cabecera de la cama, pues su sed aumentaba. De este modo pasó la noche devorado por la calentura y bebiendo de continuo sin poder apagar el fuego que le consumía; por la mañana intentó levantarse, pero ni siquiera pudo incorporarse en el lecho: sintió frecuentes vahidos y agudas punzadas en la cabeza quejándose también de un fuerte dolor de costado.

Rosina insistió de nuevo en la necesidad de llamar al señor Roger, que así se llamaba el médico, pero su padre se lo volvió á prohibir.

Desde entonces no se separó Rosina de la cabecera de la cama, pronta á satisfacer sus deseos y á socorrerle en sus necesidades. La mayor del enfermo era la bebida y pedíala cada diez minutos.

Esto duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que el enfermo dijo, moviendo la cabeza con desaliento:

—Vamos, conozco que realmente estoy atacado de una fiebre perniciosa; es preciso ir á implorar el auxilio de las buenas señoras de los castillos.

Ya hemos visto el resultado de esta determinación. Después de tomar el pulso al enfermo y escuchar el relato que él mismo la hizo con acento entrecortado, Berta contó hasta cien pulsaciones en un minuto, y comprendió que el buen Tinguy era víctima de una violenta calentura. Pero ¿de qué índole era? La joven era muy ignorante en medicina para graduarla.

Y como el enfermo exclamaba sin cesar: «¡Agua! ¡agua!» hizo hervir una corteza de limón en una cafetera llena de agua, echóla un poco de azúcar y le propinó esta bebida en vez de agua pura.

Mas cuando quiso azucarar la limonada, Rosina le advirtió que no había azúcar en la casa. Este artículo es para el labriego vendeano la última expresión del lujo.

Berta lo había previsto y por lo tanto llevaba cierta cantidad en su botiquín. Al oír la respuesta de Rosina, volvió la vista á todos lados buscando la caja y vióla bajo del brazo del barón, que permanecía clavado en el umbral de la puerta. Hízole seña de que se acercase; pero antes de obedecer él á este ademán, indicóle con otro que no se moviera de su sitio, ni pronunciara palabra, y se fué á él diciéndole en voz baja para que no lo oyese el enfermo:

—El estado de ese hombre es muy grave y no me atrevo á obrar por mí y ante mí; es preciso llamar al facultativo, y ¡ojalá no llegue tarde! Interin doy al enfermo algún calmante, corred sin pérdida de momento á Legé y traednos al doctor Roger.—Pero ¿y vos? dijo el mancebo con acento conmovido.—Yo me quedo esperando vuestro regreso; tengo que hablar de asuntos importantes con el enfermo.—¿De asuntos importantes? repitió asombrado Michel.—Sí, contestó Berta.—Sin embargo...—Os repito que la menor dilación puede tener fatales consecuencias, dijo la joven interrumpiéndole; esa clase de fiebres, aunque combatidas oportunamente, son á menudo mortales y cuando se les da lugar de desarrollarse como ha sucedido con esta, lo son casi siempre: creedme, id al momento y volved cuanto antes con el médico.—¿Y si la fiebre es contagiosa?—¿Y qué?—No corréis peligro de contraerla?—¡Ay, amigo mío!, respondió Berta, si hubiésemos de pensar en esas cosas, la mitad de nuestros campesinos perecerían sin socorro. ¡Ea! id y dejad á Dios el cuidado de velar por mí.

Así diciendo, tendió la mano al mensajero.

Tomóla el mancebo y exaltado por la admiración que le causaba ver en una mujer tan sencilla intrepidez y tal grandeza de ánimo, besó casi con pasión aquella mano.

Aquel movimiento fué tan rápido é inesperado que Berta se estremeció, demudóse extremadamente y exhaló un suspiro, diciendo:

—¡Partid, amigo mío, partid!

Aquella vez no necesitó repetir la orden que acababa de darle, pues Michel salió con precipitación de la cabaña. Sentía circular por todo su cuerpo un fuego desconocido que duplicaba su fuerza vital, y fortalecía un vigor extraordinario con el cual se veía capaz de llevar á cabo cualquier imposible.

Parecía que le acababan de nacer alas en la cabeza y en

los talones á semejanza de Mercurio, y de seguro que si le hubiese impedido el paso una pared, la hubiera escalado; si se lo hubiese interceptado un río sin puente ni vado, habríase echado á él sin vacilar ni tomarse la molestia de desnudarse.

Hasta sentía que lo que Berta le había pedido fuese tan fácil de ejecutar: hubiera preferido obstáculos, cosas difíciles, imposibles.

«¿Qué agradecimiento debería Berta por hacer á pié una legua y cuarto para ir á buscar un médico? Él habría querido, no hacer dos leguas y media, sino ir hasta el último confín de la tierra; hubiera querido darse á sí mismo alguna prueba de heroísmo que le autorizase para parangonar su valor con el de Berta.

Concíbese que al encontrarse el mancebo poseído de semejante exaltación fuese inaccesible al cansancio, y que gracias á ella hiciese en menos de media hora la legua y cuarto que necesitaba para llegar á Legé. De este modo llegó el barón al poco rato á casa del doctor Roger, y como este solía frecuentar el castillo de la Logerie, que sólo distaba de Legé una legua escasa, bastóle nombrarse para que el médico, ignorando todavía que el enfermo fuese un simple aldeano, saltase del lecho y gritase por la puerta que dentro de cinco minutos estaría á sus órdenes.

Efectivamente, pasados estos estaba ya en pié y preguntando al mancebo la causa de tan inesperada visita. Michel se la explicó en dos palabras, y al notar que el médico extrañaba que se tomase tanto interés por un aldeano, hasta el punto de ir á pedirle que le auxiliase á semejante hora y con el acento comovido y con la frente sudorosa por la carrera que había llevado, el barón explicó su solicitud diciéndole que aquel aldeano era el marido de su nodriza.

Entonces el doctor le interrogó acerca de los síntomas del mal, y contestóle repitiendo cuanto había oído sobre el particular y encargándole eficazmente que llevara consigo todos los medicamentos que pudiese necesitar, pues no habiendo entrado todavía la aldea donde moraba Tinguý en el círculo de la civilización, carecía de boticario.

Al notar el médico que Michel estaba bañado en sudor y sabiendo luego que había caminado á pié, revocó la orden de ensillar el caballo y mandó engancharlo al calesín.

Michel se negó rotundamente á acceder á semejante cambio,

sosteniendo que por su parte iría mucho más aprisa á pié que el doctor á caballo; sentíase animado del poderoso vigor de la juventud y del corazón, y á buen seguro habría adelantado tanto ó más camino á pié que el doctor á caballo, según afirmaba.

El doctor insistió pertinazmente, pero obstinóse Michel en no acceder á sus ruegos; y por último cortó la discusión saliendo de la casa y gritando á su compañero:

—¡Ea! seguidme tan aprisa como podáis; yo os precedo para anunciaros.

Creyendo el doctor que el hijo de la baronesa de la Logerie tenía la cabeza algo trastornada, pensó que no tardaría en alcanzarle, y no revocó la orden de enganchar el caballo.

Lo que exasperaba á nuestro enamorado era la idea de presentarse ante la joven en un calesín: parecía que si volvía á todo correr y abría la puerta gritando: «Aquí estoy, el doctor me sigue,» Berta se lo agradecería más que si llegaba en carruaje con el médico.

Mucho le habría halagado presentarse jinete en un brioso corcel, sueltas al viento la crin y la cola, respirando fuego y anunciando su llegada con relinchos; pero len un calesín! Era cien veces preferible ir á pié.

Tan poético es un primer amor, que aborrece lo prosaico.

Y ¿qué habría dicho Mary, al relatarle su hermana Berta que habiendo mandado al barón por el doctor Roger había regresado con él en calesín?

Lo repetimos: era cien veces preferible volver á pié.

Nuestro héroe comprendía que al manifestar instintivamente el primer amor con frente sudorosa, ojos encendidos, pecho palpitante, vestido polvoroso y cabello desmelenado por el viento, todo esto es hermoso y produce mucho efecto.

En cuanto al enfermo, ¡pobre hombre! casi podemos asegurar que Michel le había olvidado, pues en su excitación febril no era por cierto el labriego quien ocupaba su imaginación, sino las dos hermanas; y no en obsequio suyo, sino por complacer á Berta y á Mary, había hecho un viaje de tres leguas en una hora.

La causa primordial de este gran cataclismo fisiológico se había convertido en accesorio: no era ya un fin, sino un pretexto.

A llamarse Hipómenes, Michel no habría necesitado soltar

las manzanas de oro para alcanzar sobre Atalanta el premio de la carrera.

Sonreíase desdenosamente al pensar que el doctor arreaba su caballo con intento de alcanzarle, y experimentaba una grata sensación al sentir el aire frío de la noche que helaba las gotas de sudor que le corrían por el rostro.

Habría preferido la muerte á que el doctor le alcanzara.

Media hora empleó á la ida; pero á la vuelta le bastaron veinte y cinco minutos.

Y cual si hubiese podido adivinar aquella velocidad inconcebible, Berta había ido á esperar el mensajero al umbral de la puerta, y bien que no ignoraba que lógicamente no podía estar de regreso antes de media hora á lo menos, prestaba atento oído.

Parecíale oír á lo lejos un rumor de pasos casi imperceptible. Aunque no era de creer que fuese el mancebo, no lo puso en duda ni un instante.

En efecto, poco después le divisó, luego le vió aparecer y dibujarse claramente en la oscuridad, al mismo tiempo que él, con la mirada fija en la puerta y sin atreverse á dar crédito á sus sentidos, la veía inmóvil y con la mano puesta sobre el corazón, al cual repentinamente había sentido latir de un modo inusitado.

Al reunirse con Berta hallábase el mancebo como el griego de Maratón, sin voz ni aliento, y poco le faltó para caer como él, si no muerto, desmayado á lo menos.

Sólo tuvo fuerzas para pronunciar estas cuatro palabras:

—El médico viene también.

Luego apoyóse en la pared para no caerse. Si hubiese podido articular algunas palabras más, habría exclamado:

—¿No es cierto que diréis á Mary que por amor á ella y á vos he hecho dos leguas y media en cincuenta minutos?

Mas como no podía hablar, esto pudo ser la causa de que Berta creyera, como así lo creyó, que sólo por su amor había llevado á cabo aquella proeza.

Al ocurrírsele esta idea, sonrióse gozosa, y sacando el pañuelo dijo:

—¡Oh! ¡Cuánto siento que hayáis tomado tan á pechos el encargo que os hice de que fueseis diligentes! ¡En qué estado os halláis!

En seguida le enjugó blandamente el sudor que le bañaba

el rostro, procurando no tocarle la herida, y encogiéndose de hombros añadió con suavísimo acento:

—¡Niño!

Esta palabra ¡niño! había sido pronunciada en tono tan tierno que conmovió á Michel; y cogiendo éste la mano de Berta, notó que la tenía temblorosa y húmeda.

En esto oyóse en el camino el ruido de las ruedas del calesín.

—¡Ah! ¡El médico! dijo Berta rechazando la mano del mancebo.

Miróla éste sorprendido: ¿por qué le rechazaba la mano? No podía adivinar lo que pasaba en el corazón de la joven: pero conocía por instinto que al ejecutar semejante acción no la había movido un sentimiento de odio, de repugnancia ó enojo.

Berta entró en la casa, sin duda con intento de participar al enfermo la llegada del médico, y Michel permaneció junto á la puerta esperándole.

Al verle llegar en aquel desvencijado vehículo que le hacía saltar grotescamente mal de su grado, Michel no pudo menos de alegrarse interiormente de haber vuelto á pié.

Verdad es que si Berta hubiese entrado en la casa al oír el ruido del carruaje, cual acababa de hacerlo, no habría tenido ocasión de observar el mal talante de los que en él venían.

Mas si no hubiese visto á Michel, ¿no habría permanecido á la puerta hasta lograrlo? Era más que probable.

Al hacerse el mancebo esta reflexión, si no sentía en su corazón el ardiente alborozo del amor, á lo menos saboreaba el placer del orgullo satisfecho.

XI

NOBLEZA OBLIGA

Al penetrar el doctor Roger en el aposento del enfermo, Berta estaba á la cabecera de la cama.

Lo primero que llamó su atención, fué aquella graciosa figura parecida á los ángeles de las leyendas alemanas, que se inclinan para recibir las almas de los moribundos; mas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Adm. 1025 MONTERREY, MEXICO